

chadas por el viento y los corazones por el gozo; y el Almirante, en conmemoracion de aquella repentina peripecia dió al cabo el nombre de Gracias á Dios.

CAPITULO III.

VIAJE POR LA COSTA DE MOSQUITOS, Y TRANSACCIONES EN CARIARI. (1503.)

DESPUES de doblar el cabo de Gracias á Dios, continuó Colon por la que hoy se llama costa de los Mosquitos. La tierra era de caracter vario, á veces fragosas con ásperos promontorios y cabos, dilatándose por medio del mar; á veces verde y fértil, y regada por abundantes corrientes. Crecian por los rios inmensos juncos y cañas, algunas de estas tan gruesas como el muslo de un hombre: abundantes en pescas y tortugas y se veian en sus orillas algunos caimanes. En uno de estos sitios pasó Colon por un grupo de doce isletas, cerca de cuyas costas crecía un fruto parecido al limon, por lo cual llamó los Limonares.

Habiendo navegado unas sesenta y dos leguas por estas costas, y hallándose en gran necesidad de leña y agua, ancló la escuadra en 16 de setiembre en la embocadura de un abundante rio, por el cual entraron los botes á proveerse de aquellos dos artículos. Al vol-

ver á los buques creció el mar repentinamente, y precipitándose contra las rápidas aguas del rio, causó una conmocion violenta, en que pereció un bote con todos los que tenia á bordo. Este suceso entristeció á las tripulaciones, ya desanimadas y abatidas por los trabajos que habian sufrido; y Colon, participando de su abatimiento, dió al rio el siniestro nombre de rio del Desastre.

Dejaron aquellas infaustas orillas, y siguieron costeando hasta hallarse los buques y gente casi en imposibilidad de continuar el viaje, atropellados por las tempastades que habian sufrido. El 25 de setiembre ancló Colon entre una isleta y el continente, en una situacion la mas cómoda y deliciosa. Estaba la isla cubierta de palmas, cocos, ananas, y un fruto delicado y aromático, que equivocaba el Almirante de continuo con el mirabolano de las Indias orientales. Las frutas, flores y olorosos arbustos de la isla despedian gratísimos perfumes, por lo que le puso el Almirante La-Huerta. Los indios llamaban Quiribiri. Enfrente, á menos de una legua de distancia, habia un lugar indio, nombrado Cariari, en la orilla de un hermoso rio. El pais inmediato era fresco y verde, salpicado de colinas y florestas y con árboles de tal altura, que dice Las-Casas que parecia llegaban al cielo. Cuando los habitantes vieron los buques, se agra-



Tempestad deshecha en la costa de Honduras.

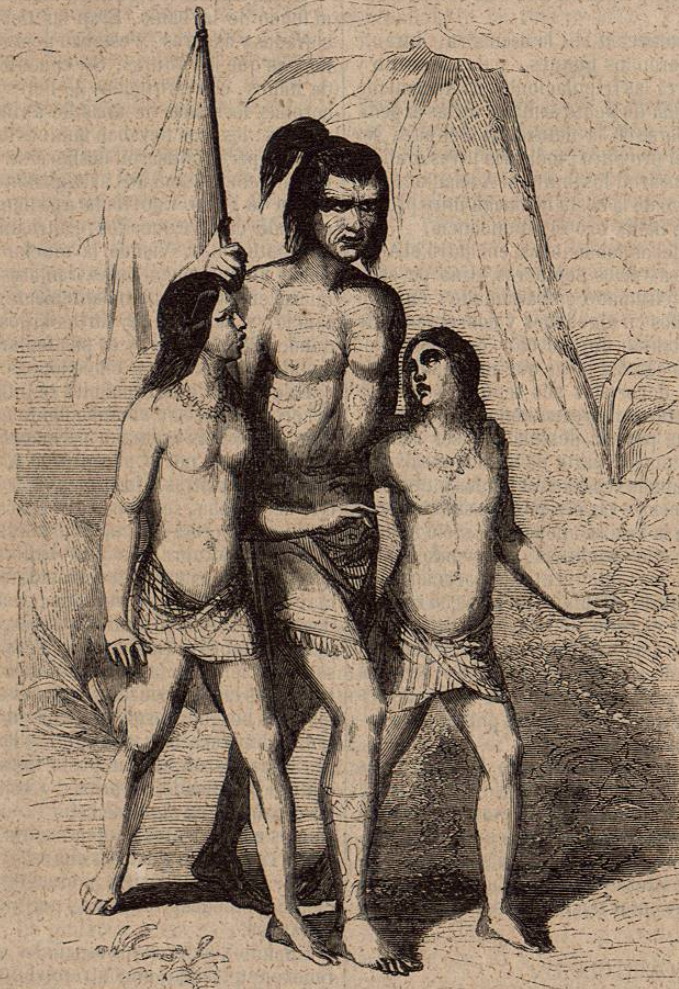
paron en las costas armados de flechas, lanzas y clavos, preparados á defender sus tierras. Los españoles, empero, no intentaron desembarcar en aquel dia, ni en el siguiente, sino que permanecieron tranquilamente á bordo, reparando sus buques, aireando y enjugando sus provisiones deterioradas y descansando de las fatigas del viaje. Al ver los salvajes que aquellas gentes prodigiosas, que habian llegado de tan extraño modo á sus costas, eran del todo pacíficas y no querian molestarlos, cesó su alarma y á ella sucedió una vivísima curiosidad. Hicieron varias señas de paz, tremolando los mantos como banderas, y convidando á los españoles á ir á tierra. Mas osados aun, fueron á nado á los buques, cargados de mantos y túnicas de algodón, y adornos del oro inferior llamado por ellos guanin, con que se engalanaban el cuello. Ofrecieron los españoles estos artículos; pero el Almirante

prohibió todo comercio, haciéndoles regalos sin tomar nada en cambio, con el deseo de dejar favorable idea de la liberalidad y desinterés de los blancos. El orgullo de los salvajes quedó herido al ver que se rehusaban aquellos presentes, tomando esta accion por desprecio de sus manufacturas y productos. Quisieron responder con la manifestacion de una indiferencia semejante. Al volver á tierra ataron juntos todos los artículos europeos que se les habian dado y los dejaron abandonados en la arena, donde fueron hallados por los españoles al otro dia.

Viendo que no querian los extranjeros salir á tierra, emplearon los indios varios medios para ganar su confianza y disipar las sospechas que pudieron haber causado sus amenazas primitivas. Habiéndose acercado un bote á la playa muy cautamente á buscar sitio á propósito para llenar los cascos de agua salió de

entre los árboles un indio anciano y de venerable aspecto; con una bandera blanca suspendida de un palo, en señal de paz y conduciendo dos muchachas, una como de catorce años y otra de ocho, con joyas de guanin al rededor del cuello. Las condujeron al bote y las entregaron á los españoles para que las tuviesen en rehenes mientras se hallaban los extranjeros en tierra. Entonces salieron los españoles con confianza á llenar sus cascos, y los indios permanecieron á gran distancia, teniendo mucho cuidado en no infringir nuevas sospechas con sus palabras ni movimientos. Cuando los botes iban á volver, hizo señas el indio anciano de que se llevasen á bordo las muchachas, y no quiso admitir escusa alguna. Las indias

no manifestaron sentimiento ni miedo al entrar en los buques, aunque rodeadas de hombres que debieron parecerles extraños y formidables. Colon procuró que no se abusara de la confianza que en él se ponía. Despues de agasajar á las jóvenes, vestirlas y adornarlas, las mandó á tierra. Pero vino la noche, y aun estaba desierta la costa. Tuvieron, pues, que volver á los bajeles, donde la pasaron bajo la solícita proteccion del Almirante. A la siguiente mañana las volvió á sus compatriotas. Fueron recibidas con alegría por el anciano, que se manifestó muy agradecido al buen trato que habian experimentado. Por la tarde, empero, cuando fueron los botes á tierra aparecieron las jóvenes acompañadas de una multitud de sus parientes



Un indio llevando rehenes á Colon.

que volvieron todos los regalos, sin conservar el mas mínimo de ellos, aunque debian haber sido preciosos á sus ojos tanto era el orgullo de aquellos salvajes, y el agravio que habian recibido al ver que se rehusaban sus presentes.

Al otro dia al acercarse el Adelantado á la costa, dos de los principales indios entraron en el agua, lo sacaron en brazos del bote, y llevándolo á tierra, lo sentaron con gran ceremonia sobre unos céspedes. D. Bartolomé quiso recibir de ellos noticias relativas al pais inmediato, y mandó al escribano de la escuadra que anotase sus respuestas. Este preparó inmediatamente pluma, papel y tintero, y comenzó á en-

cabezar su escrito; pero apenas vieron los indios aquel extraño y misterioso proceso, equivocándolo con alguna operacion nigromántica que iba á destruirlos, huyeron aterrados. Volvieron despues, arrojando al aire polvos odoríferos, y quemando algunos de ellos en tal direccion, que el viento llevase su humo hácia los españoles. Era este sin duda un especie de antídoto que oponian á los encantos siniestros, pues miraban á los españoles como antes de un orden misterioso y sobrenatural.

Los marineros consideraban tambien los antídotos de los indios con mucha desconfianza, y temian que hubiese en ellos algo de magia, y hasta Fernando

Colon, que se halló presente y recuerda aquella escena, sospecha que estaban los indios versados en la brujería y por eso creían también á los demas versados en ella.

Para no ocultar una flaqueza mas característica de la edad en que vivía que del hombre que la experimentaba; debemos decir que el mismo Colon tenia una idea semejante, y asegura á los soberanos en su carta desde Jamáica, que los habitantes de Cariari y sus cercanías eran grandes encantadores; indicando que las dos muchachas indias que visitaron sus buques ocultaban polvos mágicos en sus personas. Añade que atribuían los marineros todas las dilaciones y trabajos que habían padecido en aquella costa, á la influencia de algun mal encanto, ejercido por la brujería de los naturales; opinion que aun conservaban todos.

Varios dias permaneció allí la escuadra, durante los cuales se repararon los buques, y descansaron y se solazaron en tierra las tripulaciones. El Adelantado hizo con una partida de gente armada varias expediciones para informarse de la naturaleza del pais. No se encontraba en él oro puro; todas las joyas eran de guanin; pero aseguraron los indios al Adelantado que avanzando á lo largo de la costa llegarían muy pronto á un paraje donde había oro en abundancia.

Examinando aquellas poblaciones, encontró el Adelantado en una casa varios sepulcros. Uno de ellos contenía un cuerpo humano embalsamado: en otro había dos, envueltos en algodones y conservados de tal modo, que no tenían ningun olor desagradable. Estaban adornados con las joyas que mas habían estimado en vida, y decorados sus sepulcros con entalles rústicos, pinturas representando varios animales, y á veces lo que parecía destinado á ser retrato del difunto. En la mayor parte de las tribus salvajes se ha encontrado mucha veneracion por los muertos y un eficaz deseo de conservar el reposo de sus cuerpos.

Al darse Colon á la vela se apoderó de siete indios, escogiendo dos de ellos por guías, recayendo la preferencia en los que mas inteligentes le parecieron. A los demas les dejó libres. Había licenciado con regalos á su último guia en el cabo de Gracias á Dios. Los habitantes de Cariari se manifestaron muy conmovidos por la prision de sus compatriotas. Se llenó de indios la orilla, y mandaron cuatro de sus hombres principales con regalos á los buques pidiendo la libertad de los presos.

El Almirante les aseguró que solo llevaba á sus compañeros como guías, por una corta distancia de las costas, y que los volvería despues sanos y salvos á sus casas. Mandó que se diesen á los embajadores varios regalos; pero ni sus promesas ni sus dones pudieron mitigar la tristeza y aprension que causó á los naturales el ver que antes tan misteriosos se llevaban á sus amigos.

CAPITULO IV.

VIAJE POR COSTA-RICA.—ESPECULACIONES RESPECTO AL ISTMO DE VERAGUA

(1502.)

El 5 de octubre partió la escuadra de Cariari y tomó el derrotero de lo que hoy se llama Costa-rica, á causa de las minas de oro y plata, que en años posteriores se hallaron en sus montañas. Despues de navegar como veinte y dos leguas, anclaron los buques en una grande bahía, de seis leguas de largo y tres de ancho, llena de islas separadas unas de otras por canales, de modo que presentaba tres ó cuatro entradas. La llamaban los naturales Caribaro, y la habían indicado los indios de Cariari como abundante en oro.

Las islas eran verdes y estaban cubiertas de arboledas cuya fragancia revelaba la existencia de flores y de frutos. Los canales que las dividían eran tan pro-

fundos y limpios, que navegaban los buques por ellos á toda vela, tocando el cordaje las extendidas ramas de los árboles. Anclaron los bajeles, y fueron los botes á tierra á una de las islas, donde hallaron veinte canoas. Los indios estaban en tierra entre los árboles. Habiéndolos animado sus compatriotas de Cariari, que acompañaban á los españoles, se acercaron á estos con confianza. Allí, por la vez primera en aquella costa, encontraron los españoles muestras de oro puro. Tenían los naturales grandes láminas de este metal, colgadas del cuello por medio de cordones de algodón, y también adornos de guanin, rudamente trabajados en forma de águilas. Uno de ellos trocó una lámina de oro que valía diez ducados por tres cascabeles.

Al dia siguiente siguieron los botes á tierra-firme, al fondo de la bahía. Eran las tierras circunstantes elevadas y ásperas, y estaban generalmente pobladas no mas que las alturas. Se encontraron diez canoas de indios, con guirnaldas de flores en la cabeza, y coronas formadas de uñas de animales y plumas de pájaros: los mas llevaban láminas de oro colgadas del cuello; pero rehusaron deshacerse de ellas. Los españoles condujeron dos al Almirante para que les sirviesen de guías. Uno tenia una lámina de oro puro que valía catorce ducados; el otro una águila del valor de veinte y dos. Viendo la mucha importancia que daban á aquel metal los extranjeros, les aseguraron que se encontraba abundantemente á dos dias de distancia; y hablaron de varios sitios de la costa, de donde ellos lo traían, y en particular de Veragua, que distaba como veinte y cinco leguas.

La codicia de los españoles se inflamó en presencia del oro que parecía abundar tanto entre aquellos indios. Contentos hubieran permanecido allí para comerciar; mas no lo permitió el Almirante. Apenas juntó las muestras é informes de la riqueza del pais, que necesitaba, se apresuró en buscar el grande objeto de su empresa, el imaginario estrecho.

El 17 de octubre salió de la bahía ó mas bien golfo, y empezó á costear esta region de reputada opulencia, llamada despues Veragua; y á las doce leguas de navegacion llegó á un ancho rio, que su hijo Fernando nombró el Guaig. Al salir los botes para tierra, se aparecieron en la costa unos doscientos indios, armados de clavos, lanzas y espadas de madera de palma. Los bosques resonaban con el estrépito de sus tambores y caracoles, acostumbradas señales de guerra. Se arrojaron al mar hasta llegarles el agua á la cintura blandiendo sus armas, y echando agua hacia los españoles en signo de reto. Pronto los apaciguaron los movimientos é intervencion de los intérpretes; y cambiaron gustosos sus adornos con los españoles, dando diez y siete láminas de oro, del valor de ciento y cincuenta ducados, por algunos juguetes y bagatelas.

Cuando volvieron los españoles al dia siguiente á renovar su tráfico, encontraron nuevamente hostiles á los indios, quienes tocaron furiosos sus caracoles y tambores, y se lanzaron al mar á atacar los botes. Un tiro de ballesta que hirió á uno de ellos en el brazo, refrenó su furia; y á la descarga de un cañon huyeron aterrados, pensando que iban á caer sobre ellos los truenos y rayos del cielo. Cuatro españoles saltaron á tierra, siguiéndolos y llamándolos. Arrojaron sus armas, y volvieron sumisos y dóciles como corderos hacia los españoles, trayéndoles tres láminas de oro, y recibiendo con humildad y gratitud lo que estos quisieron darles en cambio.

Siguiendo á lo largo de la costa, ancló el Almirante en la entrada de otro rio llamado el Catiba. Allí también esperaba su arribo otra armada guerrera, y el estrépito de tambores y caracoles entre los bosques indicaba la acumulacion de los combatientes. Una canoa se acercó despues con dos indios preguntando

quiénes eran los extranjeros que habían venido á sus costas, y cuál era su objeto. Despues de platicar algun tanto con los intérpretes, entraron en la capitana con impávida confianza, y satisfechos de las intenciones amistosas de los españoles volvieron á su cacique con favorables informes. Los botes pasaron á tierra y el cacique acogió amistosamente á su tripulacion. Estaba el caudillo en cueros como sus súbditos, de quienes solo se distinguía por la mucha veneracion que estos le profesaban y por una pequeña atencion hacia su comodidad personal, cobijándose con una inmensa hoja de un aguacero que á la sazón caía. Dió gustoso en cambio una grande lámina de oro, y permitió á sus gentes que hiciesen lo mismo. Se juntaron diez y nueve láminas de oro puro. Allí vieron los españoles por primera vez en el Nuevo-Mundo algunas señales de sólida arquitectura, y una gran masa de estuco de que como muestra conservó un fragmento el Almirante, considerándole indicacion de que se iba acercando á países en que las artes estaban algo cultivadas.

Había pensado visitar otros rios de aquella costa; pero habiéndose levantado un viento fresco de popa, quiso aprovecharlo, y pasó sin detenerse por delante de grandes ciudades, á donde le aseguraron sus intérpretes que podía adquirir inmensas cantidades de oro. Una de las ciudades le dijeron llamarse Veragua, de quien recibió despues nombre toda la provincia. Allí, segun los intérpretes, estaban las mas ricas minas, y se fabricaban en su mayor parte las láminas de oro. Al otro dia arribaron delante de un lugar llamado Cubiga, en el cual dijeron á Colon que acababan los paisés del oro. Resolvió no volver á explorarlos, considerándolos como descubiertos, y sus minas aseguradas á la corona. Todo su deseo era llegar al supuesto estrecho, que se lisonjaba no podía distar mucho.

En efecto, había hecho Colon todo este viaje de la costa bajo la influencia de una de sus frecuentes ilusiones. Por los indios que se encontraron en la isla de Guanaja, y que acababan de llegar de Yucatan, tuvo noticia de un grande y civilizado pueblo del interior. Esta idea la habían corroborado las varias tribus con quienes comunicó despues. En una carta escrita á los soberanos les dice que todos los indios de esta costa celebraban la magnificencia del pais de Ciguare, situado á diez dias de viaje por tierra al Occidente. La gente de aquella region llevaba coronas y brazales de oro y ropas bordadas de lo mismo. Lo usaban para todo servicio doméstico, y hasta para los adornos de mesas y sillas. Al enseñarles el coral, decían los indios que las mujeres de Ciguare se hacían bandas de él para la cabeza y cuello. Habiéndoles mostrado la pimienta y otras especias, también decían que allí abundaban. Le pintaban como pais de comercio, con grandes y buenos puertos, en que había fondeados bajeles armados de cañones. Las gentes eran belicosas, y tenían como los españoles espadas, escudos, corazas y ballestas, y montaban á caballo. Sobre todo entendió Colon que el mar continuaba hasta Ciguare, y que se encontraba el Ganges diez jornadas mas allá.

Quizá eran estos vagos é indeterminados rumores relativos á los distantes imperios de Méjico y Perú; pero Colon supuso que Ciguare sería alguna provincia perteneciente al gran Khan, ó á otro potentado del Oriente, y como llegaba el mar á ella, se le figuró que debía ser el extremo de una península: teniendo con respecto á Veragua, la misma posicion que Fuenterrabía, en España, con respecto á Tortosa, ó que Pisa con Venecia en Italia. Siguiendo, pues, hacia el Oriente, no tardaría en llegar á un estrecho como el de Gibraltar, por el que pasaría á otros mares, visitaría el pais de Ciguare, y también las márgenes del Ganges. Satisfacia la dificultad de haber llegado tan

TOMO I.

pronto á aquel rio, con la idea de que estaban los geógrafos equivocados en cuanto á la circunferencia del globo; que era menor de lo que generalmente se creía, y que un grado de la línea equinoccial eran solo cincuenta y seis millas y dos tercios.

Con estas ideas determinó Colon seguir adelante, dejando por explorar el rico pais de Veragua. Nada podía manifestar mas evidentemente su ambicion generosa que pasar de largo por una costa donde se encontraban á cada paso tantas riquezas, para buscar un estrecho que, aunque importante para la humanidad, podía no valerle á él mas que la gloria del descubrimiento.

CAPITULO V.

DESCUBRIMIENTO DE PUERTO-BELO, Y DEL RETRETE.—ABANDONA COLON LA BUSCA DEL ESTRECHO.

(1502.)

El 2 de noviembre ancló la escuadra en un espacioso y cómodo puerto, donde sin peligro podían atracar los bajeles hasta la orilla del mar. Le rodeaba un bello y elevado pais, no cubierto de bosques sino escueto y cultivado, con muchas casas muy inmediatas entre sí, rodeadas de árboles frutales, palmas, maizales, legumbres, y la deliciosa piña; de modo que el todo parecía una continuacion de jardines y huertos. Tanto agradaron á Colon la excelencia del puerto y hermosura de las tierras que le rodeaban, que le dió el nombre de Puerto-Belo. Este es uno de los pocos lugares de la costa, que conservan el nombre que Colon les dió.

Siete dias les detuvo en él el tiempo borrascoso. Los indios vinieron de todas partes en sus canoas, con frutas, hortalizas y algodón; pero sin oro que ofrecerles. El cacique y siete de sus gefes tenían pequeñas láminas de este metal colgadas de las narices; pero los otros carecían de todo adorno semejante. Estaban por lo comun pintados de encarnado, y el cacique de negro.

Zarpando el 9 de noviembre, navegaron ocho leguas al Occidente hasta un cabo llamado despues Nombre de Dios; pero obligados á retroceder por el mal tiempo, se refugiaron á las inmediaciones de tres pequeñas islas. Estas y las tierras opuestas del continente estaban sembradas de maizales, y varias hortalizas y frutos, por lo que les llamó Colon puerto de Bastimentos. Permanecieron en él hasta el 23, ocupados en rebajar sus bajeles que hacían mucha agua. Estaban todos carcomidos por los teredos ó bromas, gusanos de mar que roen y agujerean los costados de los navíos. Son del tamaño de un dedo, y taladran la madera mas fibrosa. De este puerto fueron á otro llamado Guiga, en cuya costa se presentaron mas de trescientos indios, unos con provisiones, otros con adornos de oro. El Almirante siguió sin detenerse su derrota; pero vientos contrarios le obligaron á abrigarse en un pequeño puerto; cuya entrada tenía apenas veinte pasos de ancho, y estaba defendida con rocas y escollos, cuyas puntas descollaban sobre la superficie del agua; dentro no había lugar para mas de cinco ó seis buques; pero era el puerto tan profundo, que no se hallaba buen anclaje sin aproximarse á tierra lo bastante para que un hombre pudiese saltar desde los barcos á la playa.

Por la pequenez del puerto le puso Colon el nombre del Retrete. Le habían atraído á aquel incómodo y peligroso surtidero las falsas pinturas de los marineros que fueron á examinarlo, y que siempre querían estar anclados para comunicar con los indios. El pais adyacente era verde y llano, con muchas yerbas, pero pocos árboles. El puerto estaba infestado de caimanes ó aligadores, que salían á tomar el sol á la orilla, llenando el aire de un olor fuerte de almizcle. Eran tímidos y huían cuando se les atacaba; pero de-

8*

cion los indios, que en hallando algun hombre dormido, le arrastraban al mar para devorarlo. Colon creyó con razon que eran estos anfibios análogos á los cocodrilos del Nilo. Nueve dias pasó la escuadra en aquel puerto, los indios eran altos, bien proporcionados, de agradable aspecto, y suaves y amistosos modales, y trocaban todas sus producciones por juguetes europeos.

Mientras dirigia el Almirante las acciones de su gente se trataba á los indios con bondad y justicia, y eran los tratos amistosos. Pero la proximidad de los buques á tierra permitia á los marineros desembarcar por la noche sin licencia. Los indios los recibian con su acostumbrada hospitalidad, pero los aventureros, instigados por lo codicia y la lascivia, se entregaron á excesos que merecieron la venganza de sus generosos huéspedes. Todas las noches habia en tierra pendencias y riñas, y se derramaba sangre por ambas partes. El número de los indios se aumentaba diariamente con los que venian del interior. Se hicieron mas poderosos y osados á medida que mas se exasperaban, y viendo que los bajeles estaban tan cerca de la orilla, resolvieron atacarlos.

El Almirante creyó dispersarlos al principio disparando cañonazos sin bala, pero no los intimidó el ruido, que pensaron seria una especie de trueno sin efecto. Replicaron á él con alaridos, y blandiendo sus lanzas y clavos. La situacion de los buques los exponia á sus asaltos, haciendo la hostilidad india formidable. Colon mandó que les disparasen una ó dos balas. Cuando vieron la destruccion producida por aquella tremenda artillería, huyeron aterrados sin mas amenazas.

La continuacion de los vientos tormentosos del Este y Nor-oeste, y la constante oposicion de las corrientes desanimaron á los compañeros del Almirante, y empezaron á murmurar contra la continuacion del viaje. Los marineros pensaron que operaba contra ellos algun encanto, y los comandantes decian que se les obligaba á abrir camino, á pesar de los elementos, con buques averiados. Influian en ellos motivos mas interesados, y se acordaban con sentimiento de la rica costa que habian dejado atras, para ir en busca de un estrecho imaginario. Es probable, que el mismo Colon empezó á dudar del éxito de su empresa. Si sabia los pormenores del reciente viaje de Bastidas, debia haber advertido que ya estaba en el punto donde terminó el viaje de exploracion que desde la parte contraria habia hecho aquel navegante; así no era probable que existiese el estrecho que habia imaginado.

De todos modos determinó abandonar por entonces la prosecucion de su derrota hácia el Oriente, y volver á la costa de Veragua para buscar las tan cacareadas minas de que habia visto tantas muestras. Correspondiendo á sus esperanzas, tenia con que volver en triunfo á España, y acallar las calumnias de sus enemigos, aun cuando no hubiese logrado el objeto primordial de su expedicion.

Aquí acabaron, pues, los nobles arranques que habian hecho á Colon superior á todos los intereses mercenarios, que le hicieron despreciar trabajos y peligros, dando carácter heroico al principio de este viaje. Si se engañó en sus esperanzas de encontrar un estrecho en el istmo de Darien, es porque se engañó la naturaleza misma, pues parece que ella misma intentó abrirlo; pero que lo intentó en vano.

CAPITULO VI.

VUELTA A VERAGUA.—EL ADELANTADO EXPLORA EL PAIS.
(1592.)

EL 5 de diciembre salió Colon del Retrete, y abandonando el rumbo oriental volvió hácia el Occidente en busca de las minas de oro de Veragua. La mis-

ma noche ancló en Puerto-Belo que distaba unas diez leguas; de allí partió al otro dia, pero varió el viento repentinamente, y empezó á soplar por la proa, de suerte que el viento que habia estado esperando tres meses se levantó para contrariar su viaje. Pensó en tomar de nuevo su derrotero del Oriente; pero no quiso confiar en la continuacion del viento, que en aquellas partes rara vez viene de Occidente. Resolvió pues conservar su nuevo rumbo, esperando que no tardaria el viento en variar.

Al poco tiempo adquirió el viento terrible violencia, y empezó á variar de una parte á otra, de modo que hacia inútil todo el arte. No pudiendo llegar á Veragua, tuvieron que volver los bajeles á Puerto-Belo, y al tiempo de entrar en el puerto, una repentina ráfaga de viento de tierra los arrojó mar adentro. Nueve dias pasaron á merced de una tempestad furiosa por mares desconocidas y frecuentemente expuestas á los riesgos de una costa de sotavento. Parece imposible que bajeles tan quebrantados sobrevivieran á tal convulsion. No hay tormentas tan espantosas como las de los trópicos. La mar, segun la descripcion de Colon, hervia á veces como una inmensa caldera; otras levantaba montañas de ondas cubiertas de espuma. Por la noche parecian las procelosas aguas olas de llamas, á causa de las partículas luminosas que cubren su superficie en aquellos mares, y por toda la corriente del golfo. Un dia entero y una noche resplandecieron los cielos como una dilatadísima hoguera, vomitando sin cesar haces de relámpagos, en tanto que los aterrados marineros tomaban el retumbar profundo de los truenos por cañonazos de socorro que sus compañeros les pedian. Todo este tiempo, dice Colon, vertian los cielos, no lluvia, sino un segundo diluvio. Casi se ahogaban los mareantes á bordo de sus propios bajeles. Pálidos de horror y abrumados de fatiga, no esperaban ya remedio; se confesaban sus pecados mutuamente, segun los ritos de la religion católica, y se preparaban para la muerte, deseándola muchos en su desesperacion para finalizar tantos horrores.

En medio del temporal, vieron el Océano agitarse con mayor turbulencia en un punto determinado. Se arremolinó el agua levantándose en forma de pirámide; y una pesada nube, adelgazándose por un extremo hasta acabar en punta, bajó á juntarse con el mar desde el cielo. Al tocarse se mezclaron, formando entre los dos una vasta columna que se dirigió rápidamente á los buques, volviéndose en torno suyo y levantando las aguas con estruendo. Cuando vieron los marineros avanzar hácia ellos aquella manga, desesperaron de todo socorro humano, y empezaron el evangelio de S. Juan. Pasó la manga pegada á los bajeles sin hacerles daño; y los marinos atribuyeron su salvacion á la milagrosa eficacia de aquellos pasajes de la Escritura.

La misma noche perdieron de vista una de las carabelas, y por espacio de tres dias creyeron que habia naufragado. Por último, se agregó de nuevo á la escuadra, habiendo perdido su bote, y estado obligada á cortar el cable, por haber intentado anclar cerca de la costa. Por uno ó dos dias hubo calma, y pudieron respirar los fatigados marineros. Pero sospechaban de aquella tranquilidad engañosa. Gran número de tiburones, tan abundantes como voraces en aquellas latitudes, empezó á rodear los buques. Fue esta circunstancia de mal agüero; porque entre las supersticiones marítimas hay la de creer que aquellos monstruos carnívoros huelen los cuerpos muertos á increíbles distancias; que poseen una especie de presentimiento de su presa; y se sitúan alrededor de los bajeles que tienen enfermos á bordo, ó que están en peligro de naufragar. Cogieron muchos por medio de grandes anzuelos atados á cadenas, bastando á veces para cebo un pedazo de paño colorado. Del buche de

uno sacaron una tortuga viva. Del de otro la cabeza de un tiburón recientemente arrojado de los bajeles. Tal es la voracidad de aquellos animales, terror del Océano. A pesar de sus supersticiones se alegraron los marineros de poder alimentarse con la carne de aquellos peces por tener poquitos víveres. En tan dilatado viaje se habian consumido la mayor parte de las provisiones: el calor y la humedad del clima, con el agua que entraba en los buques, habia desmejorado el resto; y la galleta tenia tantos gusanos, que á pesar del hambre se veian obligados á comerla en la oscuridad, para que no se les revolviere el estómago.

Al fin el 17 pudieron entrar en un puerto parecido á un canal, donde gozaron tres dias de reposo. Los indios de aquella parte labraban sus chozas en los árboles, sobre berlingas que atravesaban de una rama á otra. Suponian los españoles que fuese esto por miedo de las fieras, ó de sorpresa de las tribus vecinas; pues las de esta costa eran extremadamente hostiles entre sí; pero es mas verosímil que fuese una precaucion contra las inundaciones producidas por los torrentes de las montañas. Al dejar este puerto, se vieron arrojados en varias direcciones por inconstantes y tempestuosos vientos, hasta el dia despues de Navidad, que se abrigaron en otro puerto; en el permanecieron hasta el 3 de enero de 1503, reparando una de las carabelas, y haciendo provision de leña, agua y maíz. El dia de la Epifania anclaron á la entrada de un rio llamado por los naturales Yebra; á una ó dos leguas del rio Veragua, y en el pais que tan rico en minas se decia. Por haber llegado á este rio el dia de la Epifania, le dió Colon el nombre de Belen.

Casi un mes habia estado luchando para acabar el viaje de Puerto-Belo á Veragua, distancia de unas treinta leguas; y habia sufrido tantas vejaciones y adversidades á causa de la inconstancia de los vientos, corrientes y tempestades, que dió á aquella orilla intermediaria el nombre de la costa de los Contratiempos.

Colon mandó inmediatamente sondear la entrada de Belen, y del vecino rio de Veragua. El último tenia poco fondo para sus bajeles; pero Belen era mas profundo, y se pensó poder anclar en él. Viendo un pueblo cerca de sus orillas, mandó Colon los botes á explorar. Al acercarse, salieron los vecinos armados para oponerse al desembarco, pero pronto se apaciguaron. Se negaban á dar noticias de las minas de oro; pero habiéndolos importunado para que lo hiciesen, dijeron que estaban cerca del rio de Veragua. El Almirante envió á él los botes al otro dia. Fueron recibidos como solian serlo en aquella costa entre cuyas tribus habia muchas feroces y belicosas, y se supone que de origen caribe. Al entrar los botes en el rio, salieron los indios en sus canoas, y otros se quedaron en la orilla, aprestados á una vigorosa defensa de su territorio. Los españoles, empero, llevaban consigo un indio de aquellas costas; que con su mediacion puso fin á las hostilidades, asegurando á sus compatriotas, que los extranjeros solo querian traicar con ellos.

Confirmando la fama de la riqueza de aquel pais lo que los españoles vieron y oyeron entre sus gentes. Obtuvieron á trueque de las mas insignificantes bagatelitas veinte láminas; varias pipas y muchos pedazos de mineral de oro. Dijeron los indios, que estaban las minas en lejanas montañas, y que cuando iban á explotarlas, tenian que practicar riguroso ayuno y continencia (1). El favorable informe de los botes determinó al

(1) Parece que tenian todos los indios, con respecto al oro, una idea supersticiosa. Los de España observaban las mismas privaciones para buscarlo, absteniéndose de comida y trato sexual. Colon que consideraba el oro como uno de los tesoros místicos y sagrados de la tierra, deseaba introducir la misma observancia entre los españoles, exhortándolos á purificarse para buscar las minas, con ayunos, castidad y oraciones. Apenas es necesario añadir, que hicieron poquísimo caso sus gentes de tales observaciones.

Almirante á permanecer en las cercanías. Dos carabelas entraron el 9 de enero en el rio de Belen, y las otras dos á la hora de la marea, que no sube en aquella costa mas de media braza. Los indios se aproximaron del modo mas amistoso, con mucho pescado del que producía el rio. Tambien trajeron para traficar varios adornos de oro, y siguieron afirmando que Veragua era el lugar en que mas abundaba.

El Adelantado, con su actividad ordinaria, salió al tercer dia llevando sus botes bien armados, y ascendió como legua y media del Veragua hasta llegar á la residencia del principal cacique, cuyo nombre era Quibian. El caudillo, sabiendo su intencion, bajó por el rio, seguido de sus súbditos en muchas canoas, y recibió los botes cerca de la entrada del rio. Era alto, de robustas formas y continente guerrero: la entrevista fue amistosa. Presentó el cacique al Adelantado los adornos de oro que llevaba, y recibió como magnífico regalo algunos dijes europeos. Se separaron mutuamente satisfechos. Al otro dia visitó Quibian los buques, donde le trató con mucha hospitalidad el Almirante. Podian solo comunicarse por señas, y como fuese el caudillo indio de taciturno y cauteloso carácter, no duró mucho la entrevista. Colon le hizo varios regalos; la comitiva del cacique trocó muchas joyas de oro por las acostumbradas bagatelitas, y se volvió Quibian sin mucha ceremonia á su casa.

Los marineros se habian congratulado al hallar aquel refugio de las tempestades y contratiempos del mar, pero estuvieron á punto de perecer en el puerto; El 24 de enero se hinchó repentinamente el rio. Las aguas se precipitaban del interior como un vasto torrente, se rompieron los cables y chocaron los bajeles unos con otros; el del Almirante perdió en el choque uno de sus mástiles, y toda la escuadra estuvo próxima á naufragar. Mientras pasaban en el rio este riesgo, les impedía salir al mar una tempestad violenta que lo agitaba, y la resaca furiosa que se rompía en la barra. Atribuyó Colon aquella inesperada crecida del rio á las lluvias extraordinarias que habrian tal vez recibido unas montañas que desde lejos se veian, de las cuales la mas alta se elevaba formando un pico mucho mas levantado que las nubes, por lo que les habia puesto Colon las montañas de San Cristobal.

El tiempo continuó algunos dias muy borrascoso. Al fin el 6 de febrero, estando ya la mar algo apaciguada, salió el Adelantado con sesenta y ocho hombres armados á explorar el Veragua con los botes y á buscar sus reputadas minas. Cuando ascendió el rio y se acercó al lugar del cacique Quibian, situado en la falda de una colina, bajó el cacique á recibirlo con muchos de sus súbditos desarmados y haciendo señales de paz. Quibian estaba en cueros y pintado segun la moda del pais. Uno de sus súbditos sacó una grande piedra del rio, y habiéndola lavado cuidadosamente, se sentó el caudillo en ella como en un trono. Recibió con cortesía al Adelantado, cuyo vigoroso cuerpo y fisonomia resuelta y majestuosa, eran propias para inspirar terror y respeto á un guerrero indio. Pero era el cacique reservado y pontico. Habia despertado sus sospechas la entrada de aquellos extranjeros en su territorio, al mismo tiempo que comprendió que no podia resistirlos abiertamente. Accedió, pues, al deseo del Adelantado de visitar el interior de sus dominios, y le dió tres guias que le condujesen á las minas.

Dejando alguna gente que guardase los botes, salió el Adelantado á pie con la restante, conducido por los guias. Despues de penetrar por el interior unas cuatro leguas y media, durmieron la primera noche á la orilla de un rio que parecia regar todo el pais non sus vueltas, y que ya habian atravesado mas de cuarenta veces. Al segundo dia fueron legua y media mas allá, y llegaron á unas selvas muy espesas, donde les dijeron los guias que se hallaban las minas.